



VISTA DE LA JUNQUERA.

La Junquera es una población española, situada en la parte oriental de los Pirineos, á corta distancia del cabo Creus y del fuerte de Bellegarde. En otro tiempo era un pantano, como lo indica su nombre *Junquera*, esto es, sitio lleno de juncos.

La humedad desapareció hace muchos años de aquel suelo, reemplazándola una agradable frescura que conservan inalterable los altos montes inmediatos, cubiertos de verde, los bosques de encinas y de nogales, y un torrente llamado Llobregat, como el otro cuyas aguas se pierden cerca del puerto de Barcelona. A orillas de dicho torrente se estiende una calle larga: es la población entera, que apenas se compone de novecientos habitantes. Aquel villorrio, tan laborioso como cualquiera de los grandes centros industriales, no conoce la miseria ni la perjudicial disipación de las ciudades. Se recolecta allí la nuez y el corcho, con el cual hacen taponos los naturales, y los enfardan: los barcos del cabo de la *Selva de Abaix* ó de Cadaques, trasportan estas mercancías á Barcelona, de donde salen para todas las naciones marítimas del globo. Un puente de piedra, una antigua torre y una iglesia pequeña son los únicos monumentos públicos de la Junquera. El bienestar no ha producido hasta ahora en aquel punto ni lujo ni orgullo. Todos se contentan con ser sencillamente dichosos.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

El siguiente documento, cuyo original existe en el antiguo archivo de este establecimiento (1), puede servir de explicación para determinar el sistema higiénico y arquitectónico empleado en la fábrica del grande hospital de Santiago. En sus cláusulas se echa de ver, no solo una minuciosa regularidad, sino también una aplicación inteligente

(1) Mazo I, núm. 6.

de los principios científicos que se tenían en cuenta en el siglo XVI para aumentar la salubridad y buena distribución de las enfermerías y hospederías.

Este documento importante, cuya copia debemos á nuestro apreciable amigo y colaborador señor Neira de Mosquera, es una página histórica y científica á la vez, porque resume los principios de la ciencia y del arte eslabonándolos entre sí. El sistema de construcción, la manera de apropiar los terrenos necesarios para la fábrica, la regularidad artística de los detalles, la clasificación de las piezas interiores, la aplicación de los sistemas empleados en los hospitales del Rey y Guadalupe, y la circulación de los elementos necesarios para sostener una temperatura que no afectase el estado morbosos ó empeorase al convaleciente, se encuentran reunidos y agrupados en este inteligente directorio, escrito antes de que se hubiesen reducido á ciencia las importantes aplicaciones de la higiene.

Con esta ocasión presentamos á nuestros lectores una copia exacta de las firmas de los Reyes Católicos, según aparecen en la carta de poder dada por D. Fernando y Doña Isabel al dean de Santiago Don Diego de Muros, en Madrid á 5 de mayo de 1499, para la construcción de este hospital central de Galicia (1).

La forma que el Rey e la Reina nuestros señores mandan que se tenga en la obra del hospital de Santiago, es la siguiente.

Primeramente, que en la compra de los suelos e casas e huertas que se han de hacer para el edificio del hospital, e en los precios e en todo lo á esto tocante, se haga con consejo e parecer del gobernador Hernando de Vega.

Item, que en lo que tocara á la obra e edificio del hospital, e á los elegimientos e encasamientos, e en el tamaño e altura, e en todos los

(1) En el apéndice X, pág. 208 y siguientes de las MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO, se ha publicado una copia literal de este curioso e importante manuscrito.
14 DE NOVIEMBRE DE 1852.

aposemtamientos e otras oficinas que se ovieren de facer, que todo se faga al consejo e parecer de maestre Gas, ó de maestre Enrique su hermano, e así mismo del dicho gobernador conforme á la traza que sus Altezas de acá envían.

Item, cuanto toca á dar la obra á destajo ó por jornal en parte ó en todo, que así mismo se siga el parecer e consejo del dicho gobernador e de uno de los dos maestros.

Item, mandan sus Altezas que la cantería se faga desta manera: La delantera principal del hospital que sea de canto picado, e su sillera bien puesta con su cal e arena, como se face para la iglesia de Santiago.

Item, que las otras aceras del hospital e de la parte de dentro sea mampostería con cal e arena, ó como mejor pareciere á nuestro Enrique, vistos los materiales de la tierra, con tanto que las paredes se fagan buenas e recias e bien cimentadas, e á vista del gobernador.

Otro sí, que las portadas sean muy gentiles e bien obradas, e que las armas reales se pongan en los logares que parecieren á cualquier de los dichos maestros juntamente con Hernando de Vega.

Otro sí, que se ponga una ó dos piedras con sus letras bien puestas en gloria e alabanza de Dios y de Nuestra Señora, y del Apostol Santiago, Patron de las Españas, e memoria de los fundadores, segun que las ordenare el Dean de Santiago.

Otro sí, que los maderamientos sean muy bien labrados e recios, e sin pintura ni oro alguno, sino todo blanco e muy bien fecho, excepto en las capillas, las cuales se fagan e pinten e doren al parecer del dicho maestre Enrique e maestre Gas, juntamente con el dicho gobernador.

Otro sí, que la casa sea bien provehida de chimeneas en los logares que convengan al parecer de uno de los dichos dos maestros, e que las cocinas sean fechas de manera que del fuego de las chimeneas puedan guisar en otros aposentos, digo apartamientos, como lo face en Guadalupe e en el hospital del Rey, con tanto que las chimeneas se fagan sobre pared maciza, e que no toque madera ninguna en las chimeneas por amor del fuego; y en toda la casa en los logares convenientes se pongan las armas reales.

Otro sí, mandan sus Altezas que los tejados se fagan bien guarnecidos e fortalecidos lo mejor que se podrá de su cal e betun, como esten bien guardados del agoa e del aire.

Otro sí, mandan sus Altezas que se faga el hedificio de tal manera que al patio suban por cinco ó seis escalones de cantería de

esquina á esquina, porque esto face la casa mas alegre é mas sana.

Item, que el aposentamiento alto e bajo sea todo igual e de un marco sin que uno suba mas que otro.

Item, que las ventanas e puertas sean muy bien labradas e juntas como en Aragon, porque no entre el aire por ellas.

Item, que el maderamiento de los desvanes cerca del tejado sea muy recio e firme, como si oviese de recibir mas cargo del tejado.

Item, que demás de los aposentamientos principales, e de las otras oficinas e piezas que van senaladas en la traza, que se agan e senalen piezas para graneros e bodegas, e para tener harina e amasar, e para leña, e despensas, e botellerías, para los otros bastimentos necesarios á tal casa e hedificio: item cámaras para los capellanes.

Item, que el suelo de los dormitorios e cámaras bajas sea solado de buenos vigones recios de roble, porque sea mas guardado de la humedad.

Otro sí, que el pavimento de la casa e todos los patios sean solados de losas bien labradas.

Otro sí, que se procure con diligencia como venga agoa á la casa del dicho hospital, e principalmente á cada uno de los dos patios su fuente, e que de allí se reparta e derive para las cocinas e latrinas, e otros logares necesarios á los maestros.

Otro sí, que se deje logar conveniente para que puedan facer una huerta ó vergel en los logares donde mejor verna (*al margen dice: Dos vergeles, uno á la parte de las mugeres y otro á la parte de los hombres*).

Otro sí, que se procure que la casa sea proveida en abundancia de corrales en los logares donde converna.

Otro sí, mandan sus Altezas que ante todas cosas se tome una ó dos casas cerca de donde se ha de facer el hedificio principal, e que se provea con diligencia como se fagan ochenta ó cien camas en que puedan caber doscientas personas, dos en cada cama, e se encomienden á tales personas que tengan cargo de las dichas casas e camas, e sirvan los peregrinos, e se les de su razonable salario.

Item, que se de horden como se faga un campanario en la capilla principal del hospital, y su campana para él.

Item, que se compre logar para facer el cementerio lo mas cerca que ser pudiere del hospital.

Así lo mandaron sus Altezas que se hiciese como aquí va escripto en este mapal (*Hay una firma de la que solo se entiende el nombre, BARTOLOMÉ, pero no el apellido*).

Yo la Reyna.—Facsimile de Doña Isabel la Católica en 1499.

Yo Fernando —Facsimile de D. Fernando V en 1499.

CREO EN LA VIRTUD.

En ningún tiempo ha estado tan en boga como en este el precepto de Sto. Tomás. No parece sino que el bendito santo estaba pensando en el siglo XIX cuando se le ocurrió semejante idea. La incredulidad ha venido á ser la base fundamental de nuestros sentimientos y de nuestras acciones. Por convicción ó por moda se duda de todo. La amistad, el amor y la virtud son nombres y nada mas que nombres, cuya significación arranca una sonrisa de desden á toda persona que intente pasar como conocedora del mundo.

¡Ya no hay amigos! Si alguno quisiese probar que la amistad existe entre nosotros llena de abnegación y de pureza, no sería creído por los demás y se le tendría por un iluso.

¡Tampoco hay amor! En los cafés, en los teatros y en las tertulias se tiene esto por una verdad incontestable, y ninguno hay tan temerario que se atreva á desmentir la opinión general.

En cuanto á la virtud... ¿quién cree ya en ella? El hombre que en la época presente tiene la pretensión de defender la virtud de una muger, es un ente ridículo.

Ved esa juventud ilustrada que inunda los paseos, los cafés y los teatros; preguntadla si cree en la amistad, en el amor y en la virtud, y os contestará sin titubear que no.

La incredulidad ha procurado revestir con nuevas formas todas las afecciones de la vida, llamando cálculo á la amistad, al amor especulación, y á la virtud hipocresía.

Sin embargo y á pesar de la duda que ha venido á entronizarse en nuestros corazones, la amistad existe, y pura y acrisolada y noble viene á consolarnos en las mayores aflicciones de la vida; y el amor embellece nuestra existencia llena de miserias y de dolores, y la virtud se ostenta á nuestros ojos con todo el esplendor de su pureza. Tal vez tú, mi querido lector, al recorrer estas líneas, si es que tienes paciencia para ello, pienses como yo, por mas que la moda te haga exclamar en los cafés con tono de superioridad, que solamente los necios son los que creen todavía en el amor, en la amistad y en la virtud.

Para convencerte de que la virtud existe en medio de esta sociedad descreída, y lo que es mas aun, que existe en la muger, voy á referirte un lance que le aconteció á un amigo mio, hombre que á fuerza de sufrir desengaños se ha convertido en uno de los mas acérrimos apóstoles de la incredulidad.

La última vez que tuve el gusto de verle, el primer saludo que me dirigió fueron estas consoladoras palabras: — ¡Creo en la virtud. — Me alegro infinito, le contesté yo que blasono de tener creencias, y que por lo mismo encuentro un placer cuando los demás las conservan: en seguida le pregunté el motivo de su repentina conversión, y él, después de haber tomado asiento á mi lado, empezó á espresarse en estos términos:

—Hará como cosa de dos meses y medio que me paseaba yo por la calle del Príncipe, sin saber cómo matar el tiempo, cosa que, sea dicha de paso, no te sorprenderá, porque á nosotros los españoles nos suele suceder esto con demasiada frecuencia. Era un poco después de anochecer: caminaba sin rumbo cierto, parándome unas veces á mirar los objetos de lujo que hay colocados detrás de los cristales de las tiendas, y entreteniéndome otras en observar el aire marcial de ciertas hijas de Eva, que á semejantes horas suelen tomar el fresco por dicha calle. Estando ocupado con estas observaciones, acertó á cruzar por delante de mí una joven como de unos diez y siete años: su aire era modesto, iba sola, y notando yo, con ese conocimiento que da la práctica, en su modo de vestir y en su manera de andar, que no pertenecía al género de mugeres de vida airada, me decidí á seguirla.

Al momento, como te habrá sucedido á ti en algun caso parecido, me forjé en mi imaginación una aventura amorosa, y sospeché que mi buena estrella me deparaba una de esas conquistas fáciles que tanto suelen abundar en las calles de esta coronada villa. Tomé pues el aire mas seductor que pude, me arreglé el cuello de la camisa, y ladeándome el sombrero, como hacen los calaveras, empecé á taconear á su lado, agitando mi baston con aire conquistador.

Aun no habíamos llegado al final de la calle del Príncipe, cuando empecé á notar con disgusto que no lograba con mi galante maniobra llamar su atención. Confieso francamente que mi amor propio empezó á resentirse, y traté de fijarla de un modo mas directo, para lo cual empecé á silbarla casi al oído el aria sentimental de la Lucia.

Al ver que esta segunda manifestación no surtía efecto, mi impaciencia llegó á su colmo, y al llegar á la entrada de la calle de Atocha traté de aventurar un requiebro.

Aquí me veo precisado á hacer una digresión para confesarte mi torpeza en materia de requiebros. — Bonito talle... bonitos ojos... bonito pie... esto se le ocurre á cualquiera, y esto fué precisamente lo que á mí se me ocurrió, pero lo rechacé por trivial y gastado.

A todo esto ya empezaba á hacerse ridícula mi posición; habíamos atravesado en silencio la plazuela de Anton Martín, y entrábamos en la calle de la Magdalena. Dispuesto entonces á todo trance á entablar conversacion con ella, la lancé á boca de jarro esta pregunta.

—¿Adónde va V. tan solita? Requiebro atroz, tan falto de gracia como sobrado de impolítica; pero ya le habia soltado, y era preciso sostenerle á todo trance. Entonces fué cuando ella, como si despertase de un sueño profundo, fijó en mí sus ojos, y me contestó estas palabras: —No lo sé.

Esta respuesta no fué pronunciada ni con desprecio ni con ira: su acento era el de la mas completa sinceridad... el de la convicción mas profunda... me pareció que una idea dolorosa absorbía todas las facultades de su alma, y que en vez de responder á mi pregunta contestaba al sentimiento interior de que estaba poseída. Se hallaba como sumergida en una especie de somnambulismo doloroso. Empecé á conocer mi indiscreción, y balbuceé una excusa; pero interesado vivamente en su dolor la pregunté quién la habia obligado á salir de su casa de aquel modo.

—La miseria, me contestó sin atreverse á levantar la vista.

No puedo explicarte lo que en aquel momento pasó por mí: todos mis proyectos de galantería se helaron, y la mas viva compasión se apoderó de mi alma. Observé su semblante, y le hallé pálido... descarnado... y advertí que por sus mejillas se deslizaba una lágrima. Llevé entonces involuntariamente la mano al bolsillo, pero me contuvo el temor de humillarla dándole una limosna. Ella lo comprendió, y se alejó apresuradamente, en tanto que yo, dominado por la compasión y el respeto, permanecí inmóvil y casi avergonzado de los pensamientos que al verla cruzar delante de mí habia concebido.

Cuando, repuesto ya de mis primeras emociones, intenté seguirla, ya habia desaparecido de mi vista, y no me fué posible saber la dirección que habia tomado.

¡Qué de tristes reflexiones se agolparon entonces á mi mente! ¡Aquella muger tan joven y ya tan desgraciada! ¡Aquella niña presa de la horrible miseria, lanzada por la mano cruel de su destino en medio de una sociedad egoísta, que en vez de aliviar el dolor, está siempre dispuesta á explotar la pobreza! ¡Aquel ser débil y tímido luchando contra los escollos de la miseria!

Absoorto me hallaba yo con estas tristes ideas, cuando el insolente grito de un cochero me vino á sacar bruscamente de mi doloroso letargo, anunciándome que me retirara si no queria ser atropellado. Ya era tiempo, pues á pesar de la prisa con que lo hice, sentí en el rostro el resoplido caliente de los caballos. Está visto, dije yo aproximándome á la acera, no se deben hacer reflexiones filosóficas en medio de las calles de Madrid.

Al pasar por debajo de una ventana de la calle de Relatores, oí sonar la campana de un reloj de sala, y esto me recordó que aquella noche tenia que ir al Teatro-Real á oír cantar á la Alboni la *Cenerentola*.

¡Oh prodigiosa flexibilidad del pensamiento humano! Yo, que pocos momentos antes me hallaba sumergido en una dolorosa meditación, merced al aullido del cochero, que me hizo aproximar á la acera, para que desde allí oyese el reloj de sala, me dirigía ahora á paso redoblado al teatro, recitando aquel escelente terceto de mi buen amigo D. Florentino Sanz:

Teatro-Real, entre edificios reales;
Ya nos dirá una suma lo que cuestas,
Ya nos dirá otra suma lo que vales.

Llegué al teatro al alzarse el telon, y después de colocado en mi asiento, cuando empecé á recorrer con la vista el lujo deslumbrante que en él reinaba, cuando calculé los sueldos excesivos que se dan á los cantantes, y consideré que con los inmensos capitales que allí se han invertido, se podia haber amparado la miseria de tantas familias desgraciadas, un sentimiento de indignación se apoderó de mí, y regresé á mi casa con el ánimo contristado, porque toda aquella insolente grandeza que acababa de presenciar, no era otra cosa que un insulto y un sarcasmo sangriento á la miseria pública. Volví á recordar á la infeliz joven que habia visto pocas horas antes, y me hirió en el corazón aquel contraste.

A la noche siguiente volví á pasearme por la calle del Príncipe, por ver si la casualidad me proporcionaba el consuelo de encontrar otra vez á aquella infeliz, cuya imagen tenia tan presente. En vano estuve esperándola largo rato; no tuve el consuelo de verla, ni la satisfacción de aliviar en nada su desgraciada suerte.

Dos dias después de este acontecimiento, las gacetas de los periódicos anunciaban la muerte de una joven de diez y siete años que se habia suicidado después de haber visto espirar á su anciano padre en la última miseria. Apenas concluí de leer el funesto anuncio, me dirigí á la capilla del hospital, que es donde se esponen al público los cadáveres de los suicidas, porque una voz secreta me decia que aquella desgraciada era la misma que yo habia visto hacia dos noches.

No me engañaba. La infeliz, después de haber estado luchando

valerosamente contra los horrores de la miseria, al verse espuesta á ser juguete de la perfidia del mundo, quiso llevar intacta á su sepulcro su corona de virtud, y prefirió la muerte á la deshonra.

De este modo concluyó mi amigo su relato, asegurándose nuevamente al despedirse, que creía en la virtud.

JUAN DE LA ROSA.

PUENTE Y ARCOS DE SAINT-CHAMAS.

La pequeña ciudad de Saint-Chamas, que pertenece al departamento de las Bouches-du-Rhône, posee un precioso monumento de antigüedad romana: hablamos del puente *Flavien* y de los arcos colocados á sus dos estremidades, que se cree han sido elevados como monumento triunfal.

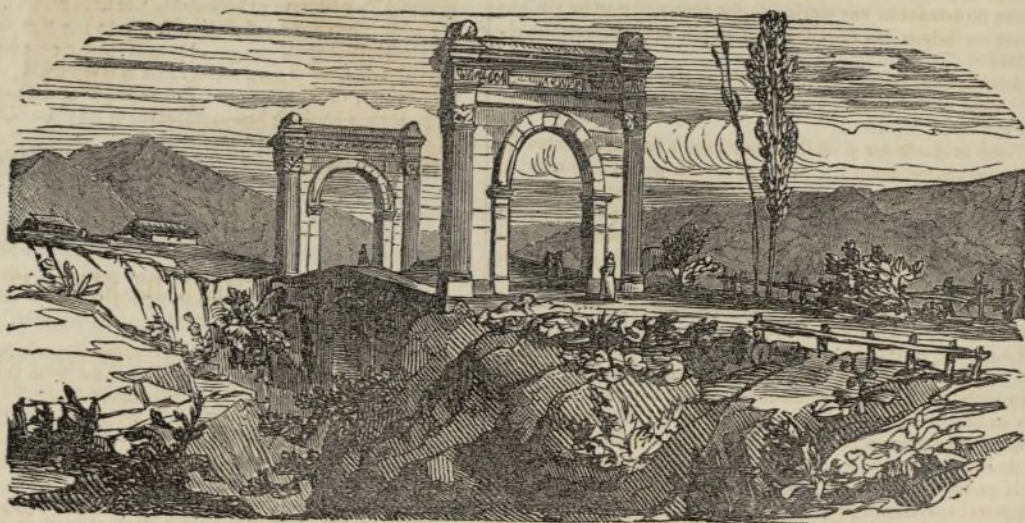
Este puente está construido sobre el Touloubre, en el sitio donde este rio atraviesa el antiguo camino de *Aurelia*, que aun conduce desde Arles á Aix. Tiene veintinueve metros y cuarenta centímetros de longitud,

seis metros y veinte centímetros de latitud; los dos arcos que adornan sus estremidades tienen siete metros de altura. Los pies derechos están acompañados de pilastras acanaladas, de orden corintio; estas pilastras vienen á adornar las fachadas laterales: el cornisamento tiene á cada estremidad un león. El friso de las fachadas exteriores tiene en su centro la inscripcion siguiente:

C. DONNIVS. C. F. FLAVOS, FLAMEN. ROMAE. ET AVGVSTI.
TESTAMENTO. FIEREI IVSSIT. ARBITRATV.
C. DONNEL. VENAE. ET. C. ATTEI. RVFEI.

(Cayo Donio Flavio, hijo de Cayo, Flamina de Roma y de Augusto, mandó por testamento que se edificasen [este puente y estos arcos] bajo la direccion de C. Donio Vena y de C. Atio Rufo.)

El puerto de Saint-Chamas está formado por dos muelles, y consiste en un fondeadero de cincuenta y nueve metros de longitud por treinta y cinco de latitud, que comunica con el estanque de Barre por medio de un canal de ochenta metros de longitud por diez y ocho de latitud. Es frecuentado por algunos barcos pequeños, por tartanas del rio Gènes y por gabarras de Arles que van á cargar de pólvora, harinas, vinos, aceite y otros productos del pais.



(Puente y arcos de Saint-Chamas.)

CAUSAS Y EFECTOS.

(Meditacion clásico-romántica.)

Se ha dicho que los grandes acontecimientos suelen tener por origen una causa muy pequeña.

Se ha demostrado que en todas las acciones, buenas ó malas, detrás del falso motivo aparente, se oculta otro verdadero, que no siempre nos es dado confiar á los demás.

¿Es este un bien ó un mal?

No lo sé; pero si al primer golpe de vista pudiésemos penetrar en el fondo de las cosas y ver los elementos constitutivos, el principio vital que las sostiene, no por el prisma de nuestra ignorancia ó de nuestras ilusiones, sino al través de la realidad, el mundo físico y el mundo moral perderian todo su encanto, y lo mismo que hoy nos atrae, nos fascina y seduce, nos inspiraría tedio y repugnancia invencible.

¿Quién duda que á cada paso descifraría el hombre un enigma, pero que desnudo de ese instinto ciego, de esa incertidumbre en que flota su espíritu, y de esa fuerza misteriosa de atraccion que Dios ha impreso á la materia, superiores al cálculo y á la voluntad humana, acabaría por aniquilarse y aniquilar la especie, por despreciarse y despreciar á los demás?

Ese fatal poder sería para la humanidad el suplicio de Prometeo: llevaria dentro de sus entrañas el buitre que se las royese continuamente.

¿Quereis que os lo demuestre con algunos ejemplos?

Imaginaos por un instante el efecto que le produciría al hombre menos asegurado de incendios, la muger mas hermosa, si estuviese dotado de la facultad de observar al través de su piel rosada y tras-

parente, el juego de la economía de sus diversos órganos, y decidme luego si no huiría del bello sexo (que otros llaman insoportable) como el diablo de la cruz; y si ellas no imitarían nuestro ejemplo, aunque es de presumir que entonces, solo por espíritu de contradicción, nos perseguirían como la muger de Putifar al pobrecito José.

¡Adios el amor! Emanacion purísima de Dios, centella divina del fuego celeste. *A spark of that immortal fire*, etc.

Si nos apercibiésemos del mismo fenómeno en los animales, y al sentarnos á la mesa recordásemos por cualquiera circunstancia que las semillas se corrompen antes de germinar, y que las frutas y hortalizas han sido regadas con ciertas aguas (que no son de rosa ni azahar), ¿no se nos sublevaría el estómago ante la carne y los productos de la agricultura?

¡Adios gastronomía! sosten y delicia de la máquina corpórea.

Al indagar la causa de esa propension innata en los niños (y en los hombres) de hacer lo contrario de lo que se les manda y á destruir cuanto cae en sus manos, ¿no sentiríamos un impulso irresistible de estrellarlos contra la pared para curarlos homeopáticamente de su perversa inclinación?

¡Adios la familia! piedra angular del edificio social.

Los propietarios á quienes las contribuciones absorben todas sus rentas, y los que nada tienen, convencidos por una larga experiencia de que de la nada no puede salir nada, y de la gran dificultad de labrarse una fortuna por los medios puramente legales, ¿no tendrían derecho para convertirse en *prudhomianos*?

¡Adios la propiedad! base, etc.

¿Quién al echar una ojeada sobre la historia, al ver ese círculo vicioso que describe eternamente la humanidad, no se sentiría inclinado á creer que bajo cualquier forma de gobierno, á menos que se conviertan los hombres en ángeles, ha de haber lucha eterna de principios, de ideas é intereses, oprimidos y opresores, lobos y corderos, explotadores y explotados? ¿Y quién en vista de la experiencia de los

siglos no proclamaría en buena lógica como el mejor sistema de gobierno aquel en que todos manden y ninguno obedezca?

¡Adios autoridad! primera condicion de existencia para las sociedades humanas.

Si nunca nos dejásemos arrastrar de nuestra propension á abusar de todo, si en los instantes de mayor embriaguez comprendiésemos cómo y por qué cada placer satisfecho, cuanto mas intenso y vehemente, es un veneno tanto mas activo que gasta con doble velocidad los débiles resortes de nuestra frágil existencia, esa idea sola, ¿no cambiaría el deleite en martirio y emponzoñaría la fuente de todos nuestros goces?

¡Adios placeres!

El que sepa las condiciones que debe reunir un buen amigo, y llegase á convencerse que el encontrar uno verdadero es tan raro como los esqueletos de los antiguos *mamouth* y *mastodontes*, ¿no se consideraría autorizado para mandar borrar esa palabra del Diccionario, ó colocarla, como otras muchas, en la categoría de las anti-diluvianas?

¡Adios amistad! el mas dulce de los afectos después del amor.

Si es cierto, como pretenden autores muy respetables, que la configuración del cráneo ó la fuerza de los juegos gástricos del estómago, son las únicas causas de la mayor ó menor inteligencia de los hombres, ¿á quién no arrancaría una sonrisa de desprecio una inteligencia que reconoce un origen tan mezquino, basada en tan despreciables cimientos?

¡Adios aristocracia del talento! ¡Adios genio, reflejo de la divinidad! ¡Adios el entusiasmo y admiración que inspiran los grandes hombres!

El que ávido de luz y verdad interrogase á la ciencia sobre los puntos que mas interesan al hombre en su vida presente y futura, al hojear los libros de los sabios y al oír sus respuestas tan ambiguas como contradictorias y presuntuosas, ¿no haría muy bien en repetir con los latinos, con Hamlet y Goethe: *Nihil scitur; palabras, palabras y nada mas que palabras; ¡ay! para saber algo seria preciso saberlo todo!*

¡Adios amor al estudio, á las luces (que son tinieblas) y al progreso indefinido de nuestra especie!

Por último, si los que no están contentos con su suerte, que son la mayor parte, considerasen que entre el sueño, los disgustos, las enfermedades, la satisfacción de sus necesidades puramente materiales, y en tonterías de todo género van gastando eso que se llama vida, sin que logren algunos contar en toda ella al terminarla dos ó tres días de felicidad completa, ¿no deducirían, á lo Werther, que no habiendo pedido el hombre una cosa tan insustancial é insípida, nadie tiene derecho á exigirle que la conserve á pesar suyo?... Y roto el vínculo que el Cristianismo revela entre el Hacedor y su criatura, ¿no se vería á las novecientas noventa y nueve milésimas partes de la especie humana heridas de un vértigo satánico, acudir en masa (y no de pan) á la pistola, al puñal, al cañón, á la aerostacion (tirarse de los balcones), á la fosforicacion, á la perforacion, á la inmersión, á la combustión, á la intromisión, á la intoxicación, á la estrangulación... á todo lo que pudiese libertarlas del peso de la vida?... ¡Adios religion, fuente de todo bien y consuelo! ¡Adios fé, esperanza y caridad! lo poco que de ellas queda, se entiende.

Considerad ¡oh lectores! tan capigorroneos como el que esto escribe, hasta dónde puede arrastrarnos el deseo inmoderado de querer averiguarlo todo, hasta el suicidio! Y no extrañéis, por consiguiente, que horripilado de los efectos que de tales causas se desprenden, cierre aquí este artículo, haciéndolos una pregunta que en mas de una ocasion me he hecho á mí propio, sin acertar á resolverla de un modo satisfactorio.

Si el vípido implume, llamado hombre, siendo tan ignorante y de tan limitado poder es tan bueno generalmente hablando, ¿qué sería cuando lo supiese y pudiese todo? ¿Se trasformaría en un ángel ó en un demonio?

Dejo al buen juicio de mis lectores la solucion de este grave problema, y ruego á cada uno de ellos, que puesta la mano sobre el corazón, me conteste segun lo que sienta dentro de sí.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

CASTILLO DE TOURNOEL.

Este castillo es una dependencia del comun de Volvic, departamento de Puy-de-Dome. Esta fortaleza, casi desmantelada en el día, ha conservado su castillejo y algunas viejas torrecillas fijadas sobre las rocas. Un sendero sinuoso conduce hasta la puerta principal; á la derecha se deja una torrecilla que debió ser construida en tiempo de Francisco I. Después de haber pasado la primera puerta, en cuyo din-

tel todavía se conocen las señales del rastrillo, se penetra en un vestíbulo que da sobre el patio: desde la plataforma del castillo se goza de una magnífica vista que se estiende sobre la campiña de la rica Limagne.

Este castillo se consideró inespugnable hasta la época en que Gui de Dampierre se apoderó de él en tiempo de Felipe Augusto. Carlos de Aphon, que era gobernador, le defendió contra los ligueros en 1590, y pereció con las armas en la mano en una salida. Fué sitiado de nuevo el castillo, tomado y quemado en parte por los mismos ligueros en 1594.



(Castillo de Tournoel.)

CAPILLA ANTIGUA DE SANTA FÉ.

Incluida en el mismo convento de Comendadoras de Santiago que existe en la ciudad de Toledo, se ven los restos de un antiguo y respetable monumento, cuya fábrica se remonta á los primeros años de la conquista. Su sólida construcción, toda de aquel durísimo ladrillo que usaban los árabes, su forma exterior y ornato arabesco, aunque con alguna degeneración, llama la atención del curioso observador de antiguallas, y si á esto le añade la parte histórica del origen y vicisitudes de este resto venerable, el interés se aumenta y da materia para que sobre ello dediquemos algunas líneas en esta publicación, comenzando desde la época misma de la erección de esta capilla.

Durante la dominación de los moros en la ciudad de Toledo, consta por gran número de documentos, que edificaron para morada de sus reyes unos suntuosos palacios que ocupaban todo el ámbito donde hoy están los conventos de Comendadoras de Santiago, hospital de Espósitos, convento de la Concepción, y gran parte del arruinado de Carmelitas calzados. Quizá en este mismo sitio estuvieron igualmente y en época mas anterior los alcázares que consta mandó construir Wamba para dar mayor realce á la espléndida corte del gran imperio godo. Razones hay para ello que no son de este lugar. Pero dejando esto á un lado y volviendo á nuestro primer propósito, diremos que, en el momento de capitular la ciudad y abrir sus puertas á las victoriosas armas del conquistador y rey de Castilla Alfonso VI, le fueron entregadas por artículo especial, juntamente con las llaves de las puertas y puentes, las de aquellos alcázares y las de la gran casa de recreo cuyos restos hoy subsisten en la huerta llamada al presente del Rey.

En los documentos mas cercanos á la indicada época se llaman aquellos edificios *Palacios de Galiana*, y sobre esta denominación, los falsos cronicones por un lado, y los libros de caballería por otro, han forjado cuentos y consejas; nuestros antiguos poetas han formulado romances, y entre unos y otros han oscurecido el verdadero origen y causa de llamarse *Palacios de Galiana* á la régia morada de los soberanos árabes de Toledo. Sobre esto podría darse alguna luz en medio de la oscuridad histórica que rodea á tan antiguos periodos; mas no siendo semejante investigación el principal objeto del artículo, la dejamos para otro en que venga mas á propósito.

Lo que hay de positivo es, que una vez hecho dueño D. Alonso de todos estos edificios, que ya tenía bien reconocidos durante su permanencia en Toledo cuando huyendo de la ambición de su hermano Don Sancho tuvo que refugiarse y ser huésped del rey Ali-Maimon, fundó en una parte de ellos el monasterio de Benedictinas de San Pedro de las Dueñas, cuyo local justamente es el que ocupa el hospital de Espósitos, erigido sobre las ruinas de aquel, y el resto se reservó para sí.

Posteriormente el rey D. Alfonso VIII, agradecido á los servicios que le prestó la orden de Calatrava, siendo su sexto maestre D. Ruy Diaz de Aguas, y deseoso de aumentar sus prioratos, le cedió el 1210 para uno de estos otra gran parte del alcázar moro, que ocupaba lo que hoy los conventos de las Comendadoras de Santiago y la Concepcion Francisca, y en la misma escritura se dice haber sido aquello *Palacios de Galiana*.

Hecha la referida donacion al maestre y su orden, luego este mandó hacer allí una iglesia con título y nombre de Santa Fé, ordenando residiesen en ella cuatro freires clérigos con quien se confesasen los caballeros estando en Toledo, y para que en la capilla se enterrasen las personas de la orden que muriesen en esta ciudad ó cerca de ella.

La santa á quien estaba dedicado aquel templo (cosa que pocos saben) no es muy conocida en España, y si célebre en Francia bajo el nombre de *Santa Fides*, pues en tiempos del rey Carlos el Simple, por el año 900, consta se trasladó su cuerpo desde Agen, en la Aquitania, al monasterio Conguense de Rodez. La memoria de esta Santa llegó á España en el siglo XI con los monjes franceses que trajo consigo D. Bernardo á petición de Alfonso VI, y su rezo se introdujo en Toledo en el pontificado de aquel, y antes de ese tiempo no se encuentra el menor vestigio de esa santa en los breviarios y santorales mas antiguos.

Debió haber mucha devocion en la ciudad con esa antigua iglesia de Santa Fé, pues en los archivos de la catedral de Toledo constan dos documentos notables que lo acreditan: uno es un Buleto de Clemente IV en que concede indulgencias á los obispos de Cuenca, Sigüenza y Toledo para los que concurren á la reedificacion de la iglesia de Santa Fé; otro es un pergamino sellado de un obispo de Ceuta, fecho en el año 1266, en que concede cuarenta dias de indulgencia á los que concurren á la dicha obra. De lo cual se deduce que por este tiempo se trataba por los caballeros de Calatrava el reedificar la iglesia de su priorato, para cuyo fin lograron tan piadosos estímulos.

Por los tiempos de Alfonso el Sabio consta igualmente que este príncipe intentó dar en cambio y permuta del alcázar llamado de Santa Fé, que era lo que ocupaba el priorato, unas casas que fueron del obispo de Cuenca D. Gonzalo, tío de otro D. Gonzalo arzobispo de Toledo á la sazón, que son las que hoy ocupan las ruinas del convento de Agustinos calzados, espresando el rey en la escritura que se obliga alcanzar licencia para que la orden de Calatrava pueda tener iglesia con Sacramento, y entierros en aquellas casas que él la da, de la manera que lo tenía en el alcázar de Santa Fé. Pero antes que esto llegase á verificarse, el infante D. Sancho su hijo, que se alzó con la gobernacion del reino, dejó el alcázar á la orden y no hubo innovacion.

En el capítulo general de la orden celebrado en Calatrava el 1397, siendo septuagésimo tercero maestre D. Gonzalo Núñez de Guzman, consta que entre otros prioratos fué confirmado este de Santa Fé.

Esto duró hasta el año 1494, en que los Reyes Católicos alcanzaron licencia en el capítulo general celebrado en Tordesillas, como perpetuos administradores de la orden, para que el edificio del priorato y demás contiguos que constituian lo llamado alcázar de Santa Fé, y en los que ya se comprendia la casa de la moneda, le fuese cedido para trasladar allí á las comendadoras de Santiago, que habia hecho venir de Santa Eufemia de Cozolllos el 1488 con facultad de Inocencio VIII, dando en cambio á la orden por dicho alcázar con su iglesia la sinagoga mayor de los judios, que hoy conserva con la advocacion de San Benito, llamada vulgarmente Nuestra Señora del Tránsito.

Posteriormente, reinando ya Carlos V, ampliaron las monjas su local, y haciéndole casi nuevo, con iglesia en la forma que hoy está, quedaron destruidos todos los edificios antiguos que constituian el priorato, y solo quedó la antigua capilla de Santa Fé, refundida entre lo nuevo del convento, y que desnuda de cuantos ornatos interiores la enriquecian, servia hasta hace poco de enterramiento á las monjas.

Con todo, lo poco que ha quedado de este antiguo templo es notable, ya por su firme y antigua construccion, que debe fijarse á principios del siglo XIII, ya igualmente por su forma octógona y clase de ventanas, de un gusto, que si bien en su totalidad es árabe, tiene parte de otro carácter que los cristianos mozárabes imprimieron á sus edificios religiosos para darlos alguna distincion con las mezquitas. Tambien son dignos de notarse los arcos y canecillos de la parte superior, iguales en un todo, y quizá copiados de los que se ven en la puerta del Sol de esta misma ciudad, cuya arquitectura es de todo punto árabe. Los edificios que por fuera se han unido á esta capilla impiden ver las restantes ochavas del abside, y los muros laterales, que sin duda alguna formarían armonia con lo demás que existe.

En el siglo XVII, en sus últimos años, según antiguas relaciones, el interior de esta capilla era digno de admirarse por los muchos adornos, calados y follajes que cubrian sus muros, lo cual ha desaparecido con los revocos posteriores, como asimismo ya no existen gran número de inscripciones y antiguos sepulcros que allí habia de varios caballeros de Calatrava, que tenían lápidas y monumentos.

Segun un catálogo que poseemos de antiguos epitafios sepulcrales de iglesias de Toledo, consta que en esta capilla de Santa Fé yacen sepultados frey Fernan Lorenzo Gallinato, clauero que fué de la orden y criado del infante D. Juan, hijo del infante D. Manuel, y fray Ramir Lorenzo, su hijo, que aumentaron con donaciones las rentas del priorato, y otros muchos caballeros, de los que se ha perdido el recuerdo una vez abandonado totalmente este monumento, que á no estar incluido en el convento de las monjas, que aun en memoria conservan la denominacion de Santa Fé, hubiera dejado de existir, como otros muchos cuyos restos ya son insignificantes.

NICOLÁS MAGAN.



Puerta Militar en Veselay.

Esta ciudad, situada en el departamento del Yonne, en Francia, fué fortificada hácia el fin del siglo XI; dentro de sus muros se celebró en 1145 el famoso concilio presidido por S. Bernardo, donde se decidió la segunda cruzada; sirvió en 1190 de lugar de reunion á los ejércitos de Felipe Augusto y de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, que debían marchar á Palestina. Se entra en la plaza por dos puertas: la de San Estéban, que conduce á Clamecy, y la puerta falsa que dirige á Auxerre. La primera se encuentra entre dos especies de bastiones redondos que ofrecen el aspecto de las antiguas fortificaciones y presentan un interés histórico muy notable.

COSTUMBRES ARABES.

LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.

Quando se viaja por el interior de la Argelia, lo que mas llama la atencion es la ausencia del hombre. Por todas partes hay desiertos y yermos, pero mas aun en el pais labrantio, designado con el nombre de Tell, que en las regiones saharienses, es decir, en el *Desierto* propiamente dicho. Con mucha frecuencia se hacen cabalgadas de un dia, que si bien generalmente son lentas, no estan interrumpidas á través de los lentiscos, de los gamones y de los cardos de alto tronco, sin que la vista del europeo, acostumbrado á encontrar por cualquier camino del antiguo mundo toda clase de escenas animadas y vivas, pueda deleitarse en ningun vestigio humano. El placer ardiente de la locomocion recibe allí un golpe mortal. Lo mismo en un pais bárbaro que en otro enemigo, el hombre siempre necesita de su semejante. Algunas veces se divisa muy lejano, gracias á la transparencia de la atmósfera, un terreno cubierto de manchitas negras, que se tomarían por montones de estiércol si se ignorara que los árabes no reconocen otro abono que la incineracion de la tierra, quemando los arbustos nacidos espontáneamente. Semejantes manchas no son otra cosa sino tiendas, y con poca experiencia puede distinguirse un *aduar* entre aquella reunion de puntos negruzcos muy parecidos á esos excrementos anchos que dejan en las praderas los rebaños de ganado vacuno.

Es de esperar que pongan el grito en el cielo con motivo de este simil los amantes de la poesía; pero no hay otro medio en descripciones de esta índole que pedir amén y seguir cada cual el método que mejor le parezca.

Por poco lisonjero que sea desde lejos el aspecto del campamento árabe, no sucede así al acercarse a él, porque anuncia la conclusión de una jornada terrible á través de montes y valles, cuya situación pintoresca no compensa siempre suficientemente el aburrimiento y las fatigas del viajero.

El aduar en Argelia viene á ser una posada hospitalaria, donde tiene entrada lo mismo el que se apea de una diligencia, que el infeliz que debe á sus piernas el haber hecho la jornada. Para dar fin á estas divisiones y evitar toda equivocación, conviene advertir que el aduar de los árabes corresponde aquí á un caserío ó fragmento de concejo rural. El concejo es entre ellos la *dackerah* ó aglomeración de aduares, y aquellos á su vez forman la *tribu*, que segun el número de su población y su perímetro, equivale entre nosotros al *barrio* ó *distrito*. Siguiendo la escala, hay también partidos (*caidados*), los cuales se reúnen en departamentos (*califados*) bajo la autoridad civil y militar de un comandante superior.

No carece de fundamento cuanto se ha hablado acerca de la virtud hospitalaria del árabe; pero bueno es considerar también otro género además que conservan los hijos de Ismael.

Dejemos aparte á los que despluman al huésped que cae por su banda, teniendo buen cuidado de esperar, por respeto á la *hospitalidad*, que haya salido del sitio en que se ejerce la virtud santa. En todas partes hay bandidos, y lo mismo se practican ciertos ritos entre árabes que entre cristianos. A propósito de esto, se lee un pasaje curioso en las memorias de Mr. Prax, sobre el interior de la Argelia. Dice que llevando cierta comision del litoral á la frontera del desierto un pobre caminante musulman, sin mas amparo que su extrema miseria reflejada en su traje y semblante, entró á la primera estacion en una tienda donde se le ofreció el *kuskus*. El obsequio era detestable; pero en fin, estando todos comiendo, observó su patron que llevaba un turbante muy blanco, y le insinuó que si se lo diera, podría hacer una camisa á su niño mas pequeño. El viajero conoció adónde llegarían tales insinuaciones si continuaba mas en la tienda, y fingiendo una necesidad salió de allí y escapó, merced á las tinieblas de la noche, si bien con peligro de ser devorado por los perros, que son peores que hienas. Otros muchos ejemplos podrian citarse para probar la manera dudosa con que se practica la virtud musulmana por escasez de la libertad.

El mas honrado de los árabes se libertaria por su gusto de las incomodidades y aumento de gastos ocasionados en su modesta tienda á la llegada de un desconocido. Ya puede decirse que es bueno el patron que arregla sus costumbres en un todo á las nuestras, y si nos recibe con dulzura, si se molesta por nosotros con agrado, debemos estimar tanto mas su liberal hospitalidad, cuanto que le es en extremo impropia por sus ideas, por su natural sobriedad y por la compañía de las mugeres.

Como á pesar de los grandes progresos que ha conseguido en Argelia la seguridad pública, seria aun mas que temerario recorrerla á solas, resulta que los infelices habitantes de los aduares situados en los puntos de gran comunicacion interior, tienen con mas frecuencia que desear la desagradable sorpresa de ver llegar á sus cabañas grupos de caballeros bastante respetables por su número para dejar de obsequiarlos, á los cuales se ven en la necesidad de alojar, dar algun refrigerio y servir en fin como criados en lo relativo á la limpieza de personas y caballerías. Una vez disipada la primera emocion, ó la echan de valientes, ó se resignan como fatalistas con la voluntad del Altísimo, que les hace en tales dias roer hasta los huesos por paseadores imperinentes. En un abrir y cerrar de ojos dejan vacía la tienda mas hermosa y la ponen al servicio de los extranjeros. Algunos de estos que llevan provisiones tienen la delicadeza de rehusar los viveres que al punto se les ofrece. Si así sucede, se lanzan las amas en la cocina, y al cabo de dos horas (tiempo indispensable para confeccionar el *kuskus*) se presenta á los viajeros la comida servida en un perol de madera del modelo mas antiguo. No es la peor esta hospitalidad *casual*, aunque sometida á las variaciones de lugares, horas y circunstancias, pero ordinariamente ante un buen número de pobres labradores. Sin embargo, por pobres que sean no permiten que se les indemnice: ofrecerles una retribucion es una grave ofensa que conviene evitar. Una regla de decoro les prohibe no solo que el anfitrión tome parte en la comida que ha preparado, sino hasta convidar á ella. Su deber consiste en servir al huésped, animarle para que coma, y cuidar él mismo, por elevada que sea su dignidad, de que halle bajo su techo de pelo toda la abundancia y cuantas comodidades sean compatibles con la situacion del hombre que recibe y los recursos de la morada.

Si se sienta al lado de su huésped al final de la comida, ha de haber mediado antes su invitacion espresa. Como apenas se viaja en Africa

sin llevar la cafetera y el café, elemento indispensable de una buena higiene, la taza y el cigarro, ofrecidos y aceptados desinteresadamente, constituyen el lazo sociable que une á los hospedados con el amo de la tienda. Los cigarros y el café son para los aldeanos graves lo mismo que es lo segundo para los campesinos de nuestras miserables aldeas. Solo entre los *grandes* es el cigarro el complemento indispensable de un banquete. El huésped que tiene alguna experiencia lo ofrece por si mismo al dueño de la tienda donde ha comido, cuyo acto le hace olvidar mas que nada los gastos é incomodidades ocasionadas por la visita imprevista. La menor bagatela, varios terrones de azúcar, una frusleria cualquiera dada á los niños de la vivienda acaban por dejarle contento y risueño. Si á esto se añade otra friolera para el ama de la casa á quien no se ha visto, pero que ha tenido buen cuidado de examinar á su huésped por los claros de la colgadura que divide la tienda en dos partes faltando al gineceo y á la cocina, el buen humor del jefe de la casa de pelo no reconoce limites, y se tiene la satisfaccion al montar á caballo de ver desaparecer completamente de su semblante la impresion desagradable que al principio le causara una visita repentina.

Llegamos ahora á la hospitalidad *oficial*, entendiendo por ella no solo la que se pide, sino la que se exige por las dependencias públicas de los árabes á los califas, á los cadies y á los *chaiques* de los puntos del tránsito. Las cartas de introduccion ó de órden de tales dependencias equivalen en casos semejantes á los firmanes que dan los pachás otomanos á los privilegiados que estiman con especial predileccion. Ejercen las dependencias árabes tal prestigio é influencia en todo el país, que merced á sus cartas de órden ó recomendacion, se disfruta en las expediciones de cuanto puede apetecerse. Son un talisman que permite recorrer con toda la seguridad posible las diversas tribus árabes, sin experimentar tantas hostilidades como amenazan al que no se halla en este caso. Por lo demás, forma parte de las cargas previstas que tienen las dignidades conferidas en nombre de la Francia, bajo la denominacion de *diffa* y *alfa* (alimento de hombres y forraje de animales) una larga hospitalidad á los huéspedes recomendados por ellas. Todos los administradores concurren con una gran parte á este tributo eventual, cuya distribucion es materia del jefe. Además las dependencias sostienen por su cuenta en cada plaza de alguna importancia un *dar-diaf* (casa hospitalaria), *kiaranseré* destinado á recibir á sus viajeros indígenas, donde se les da de comer gratuitamente. Se hace mas todavia con los recomendados: cuando lo permiten el tiempo y las distancias, envian correos avisando á los jefes del itinerario proyectado. Entonces salen al encuentro de los huéspedes á medio cuarto de legua de su capital ó de su *malá*, y después de mil y mil cumplidos, que entre los orientales son interminables, se vuelven todos á las tiendas. En ellas tienen preparadas esteras y alfombras de Lichana para que descansen los viajeros, y les hacen descargar y acomodar todo su equipaje. Sirven acto continuo leche de ovejas y dátiles, y después una especie de bollos para abrir el apetito. Por la tarde disponen la comida, compuesta de algunos potajes aderezados con las especias mas fuertes, de modo que al tomar dos ó tres cucharadas se siente un volcan en el estómago. Para aplacar el ardor se bebe en vez de vino, que no hay, una agua muy opaca y con un olor á cuero que trasciende.

La hospitalidad de *ostentacion* se debe únicamente al convite espreso de los altos dignatarios del país. Aquí es donde se admira la magnificencia y suntuosidad oriental, que resalta de una manera admirable con la miseria que reina en las demás tiendas.

En la tienda *marabut* de un califa (es una pieza circular con lambrequinos en el techo) se ve reunido cuanto puede hacer cómoda y voluptuosa la vida de un jefe oriental: espesas y blandas alfombras, colgaduras de seda, mesas y sillas de gusto, camas con cortinajes de gasa, una larga fila de cofres, en vez de consolas, tachonados de clavos con la cabeza de diamante; sabe Dios, en fin, las riquezas que suele haber reunidas en armas, dinero, alhajas y adornos.

En la comida son tan espléndidos como en el lujo de sus habitaciones, sirviéndose á los convidados multitud de platos diversos, cuya mayor parte son de lo mas delicado y esquisito.

EL INFORTUNIO.

(A PRUEBA Y LA QUINTANA.)

¡Contigo á llorar vengo!... El alma mia de ternura y dolor se oprime al verte, porque sabe, infeliz, la negra historia de tu negro infortunio. Alza tus ojos, ve mis abiertos brazos que te esperan, y arrójate en mi seno. Si al latido de mi angustiado corazon, si al eco

de mi turbada voz dulce respiras,
si esta furtiva lágrima que baja
quemando mi mejilla, puede un tanto
apacar el rigor de tus dolores,
en medio de mi afán seré dichoso.
Yo no sé tributarte en tus desdichas
sino una triste y dolorosa ofrenda
de suspiros y lágrimas... olvido
mis propios infortunios, y consagro
el llanto que mitiga mis pesares
para llorar los tuyos. ¿Qué mas puede
hacer mi corazón sino ofrecerte
su tesoro de lágrimas, que forman
la mitad del consuelo de mi vida?

Ha mucho que en tus ojos, donde apenas
brilla la clara luz que en otro tiempo
inundaba tu rostro de alegría,
ha mucho en ellos descubrí mi alma
el tormento cruel que te consume.
Entonces comprendí por qué en mi pecho
resonaba tu voz tan amorosa,
por qué de mi amistad el tierno lazo
me llevaba hácia ti... ¡Don lamentable
de los que lloran tristes en la tierra!
Nuestras heridas almas, sucumbiendo
bajo el peso de iguales desventuras,
eran hermanas de dolor, y acordes
en amargos suspiros prorumpían
como del arpa las sentidas cuerdas
que en eco fiel unisonas responden.

Mas perdona... Del triste privilegio
de padecer y de vivir penando
con nadie cual contigo la fortuna
se mostrara tan pródiga. Tú solo
cifras en tí la perdurable historia
de los males del alma!...

No parece
sino que al despuntar la luz primera,
genio de muerte con sus negras alas
se cernió sobre tí, sopló en tu vida
su aliento abrasador, y en tu camino
tornó en cenizas las risueñas flores
que embellecen la senda de la infancia.
Cuando en sus tiernos años las delicias
del hogar de tus padres cariñosos
á gustar comenzabas; cuando alegre
las fértiles llanuras recorrias
de tu tierra natal, y en aquel campo
y en aquellas montañas coronadas
de frondosos castaños y altos robles
dejabas ya volar el pensamiento
con los primeros sueños de la vida,
mano invisible te arrancó violenta
de tan gratos lugares,—dulce asilo
de la verdad y de la paz del alma,—
y te entregó cruel al seno impuro
de esta mezquina sociedad que solo
pagó con el escarnio tu inocencia.
Herido por el mal, buscaste amparo
en la fé del amor... ¡Vano delirio!
Como el amor no mora en la impureza
de este valle de lágrimas, tan solo
respondió la muger á tu ternura
con mentira ó desden; y cuando al cabo
de prodigar tu incienso y tus ofrendas
ante mentidos ídolos, hallaste
un ángel que te amara, y á tus ojos
nuncio fuera de paz y de alegría,
la ausencia eterna de tus dulces brazos
le arrebató... ¡Con él fué tu esperanza!

Y la amistad, ¿qué fué para tu pecho?
¿Hallaste acaso en ella la ternura,
la santa abnegacion que hace una sola
de dos almas unidas? ¡Cuántas veces
en tu pobre morada sepultado
no lloraste con lágrimas de sangre
decepciones horribles! ¡Cuántas veces

no creiste morir bajo del peso
que echaron sobre tí los desengaños!

¡Y la gloria, oh hermano, y esa falsa,
y esa falsa sirena que engañosa
te hizo cruzar los mares de la vida,
y en vez de conducirte á puerto amigo
te entregó á los escollos y á la muerte!
Tú, que en el noble corazón llevabas
el impulso á lo grande, y en tu frente
la inspiración del vate arder sentias;
tú, que en fé generosa arrebatado
solo á lo noble y bello consagraste
los himnos de tu lira, en justo premio,
¿qué galardón del mundo recibiste?
¿Dónde están los laureles que gloriosa
ciñó á tus sienes la mezquina fama?

Este eres tú... Mas ¡ay! aunque sin tregua
te persigue implacable la desdicha,
aunque tu rostro pálido y marchito
dice la herida que en el alma llevas,
es aun mas grande que las penas todas
tu generoso corazón. Bien hayas
tú que en medio de tantos infortunios
sabes vencerlos y á tus piés hollarlos
como un guerrero á sus vencidos ata
á su carro de triunfo. Sigue, sigue
luchando y dominando á tu enemigo;
no pretendas reposo, que en la tierra
no lo hallarás; mas si con fé combates
y llamas en tu ayuda al que los astros
rige á su voz, en tu agitada vida
brotará alguna fuente de consuelo,
como suele al cansado peregrino
en el desierto aparecer la palma.

Y ya que llevas en tu mente el númen
de Rioja y de Herrera; ya que ensalzas
cuanto de noble y grande hay en el mundo,
canta, que los sonidos de tu lira
disiparán las nubes de tristeza
que oscurecen tu mente, como el soplo
del aura matutina aclara el cielo.
Canta ese sol que brilla en las alturas,
canta ese mar que brama ó que sonríe,
esas verdes campiñas, esas nubes,
esas aves que cruzan el espacio.
Y si quieres alzarle á las regiones
en que el santo entusiasmo nunca muere,
canta ese amor que al hombre purifica
y á su patria inmortal fiel le dirige,
canta esa diestra que del turbio caos
sacó los orbes que el espacio hienden.
Canta y espera, que la suerte ingrata
presto tal vez te mirará propicia,
presto tal vez la fama clamorosa
ceñirá con sus lauros tu cabeza.
¡Oh hermano! así mi corazón me dice,
y nunca en vano resonó en mi pecho.
Si fuera así tu porvenir; si el día
de tu felicidad al fin despunta;
como lenguaje mudo y elocuente
de mi amistad mas grande que mi alma,
por tí serán mis lágrimas de gozo,
cual hora son de pena y de amargura.

Octubre, 1832.

ANTONIO ARNAO.

¿Qué es un filósofo? un hombre que opone la naturaleza á la ley,
la razón al uso, su conciencia á la opinión y su juicio al error.
El día mas perdido de todos es aquel en que no se ha reído.
Los malvados hacen algunas veces buenas acciones; se puede decir
que quieren experimentar si es verdad que esto causa tanto placer
como dicen los hombres honrados.

Celebridad es la ventaja de ser conocido de los que no os conocen.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.